

Siempre hay algo que decir sobre los que enseñan y los que aprenden

Por Estrella Mattia Profesora y licenciada en historia.
Magister ciencias sociales de Rosario.

“Entusiasmados por el descubrimiento de los antibióticos imaginamos que era posible vencer cada una de las dolencias producidas por los más variados microorganismos. Este sueño fue una quimera porque las sociedades cambian y los agentes infecciosos evolucionan. Algunas viejas enfermedades regresan y otras nuevas irrumpen desafiándonos. Pero a diferencia del pasado, hoy contamos con enormes posibilidades para conocer las formas de tratar o prevenir esos males. Sin embargo, no debemos olvidar otra cuestión igual de importante: ¿seremos capaces de aprovechar ese saber cuando la prevención de estas enfermedades nos exige actuar contra viejas tradiciones o contra la injusticia que condena a millones a la pobreza?”

Rosana Errasti y Eduardo Wolovelsky (2013).

|

Desde hace más de tres meses que la pandemia generada por el Covid 19 y las medidas de prevención tomadas por el gobierno nacional y los gobiernos provinciales para disminuir y/o evitar el contagio masivo, son prioridad en las agendas periodísticas y académicas. Todos los días, alguien dice, comunica, reflexiona, transmite, informa -o no- algo sobre esta experiencia inédita que nos ha tocado en suerte (o en desgracia) vivenciar. No hay mucho más que enunciar, ni que decir, lo demás son opiniones, conjeturas, hipótesis, experimentos. No existe, en la actualidad, posibilidad alguna de pensar en la clausura de esta disruptiva coyuntura, al menos por el momento. En este sentido, y en coincidencia -casi irreverente- con Boaventura De Sousa Santos, resulta interesante recordar que, “La pandemia otorga una libertad caótica a la realidad y cualquier intento de aprisionarla analíticamente está condenado al fracaso, ya que la realidad siempre va por delante de lo que pensamos o sentimos sobre ella. Teorizar o escribir sobre ella es poner nuestras categorías y nuestro lenguaje al borde del abismo...” (2020:38)

A esta altura de los acontecimientos, no existen dudas, aunque hay quienes insisten en negarlo, que la pandemia no es sólo un tema de orden epidemiológico y sanitario. Constituye un problema económico, social y político que agravó la crisis planetaria preexistente y permitió visibilizar como nunca antes, las condiciones estructurales de desigualdad, injusticia y orfandad en la que vive, -o mejor expresado-, sobrevive, buena parte de la humanidad, sometida a la lógica implacable del sistema capitalista -en su versión neoliberal financiera- que impregna, en mayor o menor medida, la mayoría de las prácticas societales y políticas desde los ochenta hasta la actualidad.

En consecuencia, no voy a seguir sumando más páginas, diciendo más de lo mismo acerca de este evento que ha conmocionado nuestra cotidianidad y nuestras vidas. No me voy a detener en explicar las sutiles pero contundentes diferencias entre aislamiento y distanciamiento. No voy a participar en el estéril y tramposo debate sobre la falacia enmascarada de dilema que obliga a elegir entre las necesidades del mercado o las necesidades de los sujetos de carne y hueso, que cada día luchan para defender su condición humana. En los párrafos siguientes no se citarán cifras, porcentajes y estadísticas de contagiados, muertos y recuperados, porque detrás de cada

número y de cada gráfico, hay sujetos que, aunque anónimos, merecerían ser nombrados. No habrá mención alguna sobre los posibles y/o supuestos culpables, ni se realizará ningún análisis contrafáctico respecto de cuestiones que nunca sucedieron. Además, y es importante aclararlo, no dedicaré renglón alguno a predecir lo que sucederá en los tiempos de pospandemia. Resulta sumamente complicado proyectar sobre escenarios tan inciertos y la futurología no colabora para mitigar el escepticismo que caracteriza esta época.

II

Así, atendiendo a lo enunciado, ¿qué cuestiones se considerarán en las líneas que siguen?. Tomé la decisión de escribir sobre quienes son, junto a otros tantos actores sociales, protagonistas anónimos de este período. Los destinatarios/as son aquellos que han elegido la profesión de enseñar y aquellos que se empeñan en la tarea de aprender aún en contextos, como los actuales, tan diversos y complejos que resultan difíciles de entender y de explorar. Docentes de todos los niveles y modalidades del sistema educativo provincial han intentado, condicionados por las circunstancias, volver a trazar las líneas de los horizontes desdibujados por la desesperanza y la mayoría de los y las estudiantes han enfrentado la contingencia y han aceptado el desafío. Así, los distintos actores sociales implicados en este excepcional fenómeno han sorteado, no sin dificultades, los innumerables “obstáculos epistemológicos” que se les presentaron cotidianamente.

La tenacidad y la insistencia por creer profundamente en lo que hacen se ha puesto en evidencia: en cada intento por conectarse a pesar de las dificultades; cuando no lograban subir a la red los videos que grababan; cuando los/as alumnos/as no visualizaban los materiales envidados desde sus teléfonos y era el único dispositivo con el que contaban; cuando nadie respondía los mensajes de presentación; cuando se esperaba sin éxito que alguien apareciera en la pantalla para iniciar la conversación y el intercambio sobre las propuestas de trabajo enviadas previamente; cuando se recibían las comunicaciones de padres y madres en las que se explicaba que sus hijos o hijas no iban a poder presentar las tareas porque en el barrio no había buena conectividad, porque no podían pagar el servicio de Internet, no tenían computadora, el celular con el que contaban poseía escasa capacidad de almacenamiento y los datos móviles disponibles se agotaban muy rápido o no tenían dinero para hacer la recarga; cuando ningún adulto podía llegar hasta la escuela a buscar los cuadernos que publicaron en formato papel el Ministerio de Educación de la Nación y el de la Provincia de Santa Fe a los fines de intentar achicar la distancia entre los desiguales; cuando sólo se podían enviar fotos a los grupos de whatsapp de las actividades realizadas en las hojas de la carpeta que este año no pudo ser apoyada en ningún pupitre; cuando fue necesario explicar por qué era importante abrir una dirección personal de correo electrónico a los fines de facilitar el acceso de la información.

Entonces, como era de esperar, quienes se dedican a enseñar han reconocido la emergencia y sin claudicar, volvieron a insistir en encontrarse con esos otros que en algún lugar los estaban esperando con ansiedad o con aquellos que, por motivos casi siempre personales, se habían ausentado y no respondían los mensajes, o con quienes los interpelaban porque suponían que sus

producciones no eran revisitadas. Sin embargo, la complicada realidad de estos días ha potenciado la imaginación y la creatividad. Los/as docentes son absolutamente necesarios y no hay heroicidad en su accionar. Han aceptado la complejidad y comprendido la urgencia de la situación e hicieron lo que siempre hacen, lo que saben hacer: "dar clases".

¿Qué hacen los/as docentes, cuando "dan clases"? Entre otras cosas se ocupan de transmitir conocimientos. Para lograrlo piensan en las estrategias más adecuadas para que la enseñanza de los contenidos prescriptos sea la más pertinente, atendiendo al capital cultural de los estudiantes que tienen a su cargo; acuerdan, debaten y disienten con sus pares para convenir las acciones a seguir con cada grupo; realizan adecuaciones curriculares; deciden los recursos a utilizar; seleccionan materiales escritos y audiovisuales; proponen consignas para que se obtenga información y otras para que se infiera, se reflexione y se problematice. En cada clase que se desarrolla en las salas de los jardines de Infantes, en las aulas de las escuelas primarias y secundarias obligatorias y en los salones del nivel superior dedicados a la formación técnica o docente, generalmente se alfabetiza, se dialoga, se intercambian pareceres y se despliegan las peculiaridades de la profesión y del oficio de enseñar para que las generaciones en advenimiento atraviesen exitosamente la experiencia de la lectura y la escritura, construyan una relación amistosa con los conocimientos y logren empoderarse de las herramientas cognitivas que les permita interpretar, comprender e interpelar la realidad.

Además, es importante recordar que maestros/as y profesores/as acompañan, sostienen, enmiendan, reparan, hospedan y colaboran en la constitución de las subjetividades de las infancias, las adolescencias y las juventudes. Todo esto sigue sucediendo en estos días de cuarentena. Y continúa sucediendo con los matices que siempre ha tenido. No existe la homogeneidad en este universo. La enseñanza y el aprendizaje son procesos que se construyen socialmente por lo que resulta inviable y erróneo cualquier intento de generalizar las características de quienes son los encargados de protagonizarlo. Existen tantos perfiles de docentes y de estudiantes como docentes y estudiantes. No hay posibilidad alguna de formalizar un modelo único de cada uno y un único tipo de relación entre ellos y ellas.

Las clases nunca se interrumpieron. Sin embargo, las paredes de las escuelas desaparecieron. Las aulas dejaron de ser reales y se volvieron virtuales. Sucedió que la clase fue otra clase, porque entre el/la docente y sus estudiantes, comenzó a mediar una pantalla. Pasó que classroom, jitsimet, zoom, whatsapp, diversas plataformas y comunidades de Internet e incluso el correo electrónico, dejaron de ser instrumentos facilitadores para lograr una adecuada transposición didáctica y se transformaron en el recurso indispensable para que "la clase" continuará existiendo pero, simultáneamente, ha quedado demostrado con una contundencia casi inapelable, que estos dispositivos por sí solos no sirven para cambiar los modos de enseñar ni los modos de aprender y que resulta imposible pensar una clase para la virtualidad y la distancia con la misma lógica con la que se la piensa para la presencialidad.

Así, en pleno atravesamiento de este novedoso y excepcional escenario educativo, caracterizado por la hegemonía de la imagen, la virtualidad y la distancia, instituido como consecuencia de la

necesidad de interrumpir preventivamente la presencialidad en las escuelas y en los institutos de educación superior, muchos docentes y estudiantes están más conectados que otros porque el contexto en el que se encuentran lo permite, muchos han interactuado con los otros en demasía generando agobio, cansancio y resistencia evidenciada a través del silencio y de la ausencia a las citas programadas, y otros han sentido la frustración cuando no se reciben las respuestas esperadas o cuando se sobredimensionan las expectativas. Sin embargo, la mayoría ha construido o profundizado un entramado relacional afectuoso que colabora para desmontar la ajenidad y el extrañamiento que provoca el desvanecimiento de las fronteras simbólicas de la escuela que resguardaban, desde sus orígenes, al conjunto de los actores sociales que la conforman, a sus quehaceres, a sus decires y desdecires. a sus consensos y disensos, a sus afectos y desafectos. La pandemia produjo una diáspora hacia el ciber espacio al que arribaron para hospedarse y religar los vínculos preexistentes o crear nuevos, cuando las circunstancias y los involucrados así lo requirieron y lo más importante, se repensaron y se reinventaron los contratos pedagógicos de modo que los sujetos que aprenden y los que enseñan no quedasen excluidos del mundo y de los conocimientos validados hasta el presente, pero ahora recuperados como un corpus flexible y pertinente y no como legado cultural rígido e inmutable.

III

Para sostener el sistema educativo en el territorio del estado Argentino y en la provincia de Santa Fe, y sortear las dificultades que genera este acontecimiento sin precedentes, que, como bien dice Ignacio Ramonet en su artículo “Coronavirus: la pandemia y el sistema mundo” publicado en el diario Página 12 el 29/04/2020, “convulsiona al conjunto de las relaciones sociales y conmociona a la totalidad de los actores, de las instituciones y de los valores”, se requiere la existencia de ciertas condiciones destinadas a garantizar su continuidad y sus aspiraciones inclusivas. Entre ellas podemos enunciar las siguientes: las redes eléctricas debieran funcionar siempre y bien y llegar hasta los lugares más recónditos, incluso donde la densidad de la población es escasa; la conectividad a sistemas tecnológicos y a servidores de internet tendría que constituirse en una responsabilidad política del estado para su democratización y gratuidad; las condiciones de acceso a los distintos dispositivos disponibles en el mercado que permiten obtener información y utilizar las diversas aplicaciones que posibilitan la comunicación en la virtualidad, deberían ser accesibles para el conjunto de los y las ciudadanas sin importar la pertenencia de clase, la franja etaria y la profesión y/o el trabajo al que se dediquen; la profundización y continuidad de la formación masiva a cargo del estado para docentes y estudiantes que permita conocer, manejar y usar en forma correcta los dispositivos tecnológicos. En la provincia de Santa Fe, estas condiciones no se encontraban plenamente desarrolladas en marzo de 2020 de manera que la cuarentena no hizo más que reforzar las injusticias, la discriminación, la exclusión social y el sufrimiento inmerecido porque como afirmó claramente el Ministro de Educación de la Nación, Nicolás Trotta, (23/04/2020) “repartir lo mismo entre desiguales es profundamente injusto. Es seguir reproduciendo la brecha social en la escuela”.

Sin dudas, si algo disruptivo ha sucedido en este tiempo puntillista, inestable y efímero, generado por la pandemia y acentuado por la implementación de la cuarentena, ha sido la visibilización de la

desigualdad en todos los campos sociales en los que es posible encontrarla. En el campo educativo se ha mostrado con una nitidez inusual. El virus ha logrado que las desigualdades hayan perdido la opacidad que las disimulaba y ha obligado a los ciudadanos y ciudadanas a reconocerlas y a percibir las cercanas. Las desigualdades están allí, encarnadas en mayor o menor medida, en cada uno de los sujetos que enseñan y en cada uno de los sujetos que pretenden aprender. En este contexto, no resulta redundante recuperar aquella memorable sentencia de Pablo Gentili en la que afirma que “para universalizar la educación, no sólo es necesario que haya más niños y niñas en las escuelas. Es necesario también que estas (las escuelas) sean cada vez mejores para todos, a fin de disminuir la brecha que separa a los que acceden a una educación de calidad y a los que tienen como única oportunidad una escolaridad sin recursos, pobre y, muchas veces, abandonada a su suerte. En materia democrática, la universalización de la escuela y la igualdad de oportunidades y condiciones educativas para todos forman parte del mismo proceso. Universalizar un sistema pobre para los pobres y preservar intacto un inventario de privilegios y oportunidades para los sectores más ricos es lo que se ha hecho durante buena parte de nuestra historia”. (2011:17) Lamentablemente, estas afirmaciones realizadas hace algunos años describen de manera contundente el presente de la educación argentina y algo más doloroso todavía, no se puede continuar ignorando esta cruel realidad.

Así estamos, así nos encontró el nuevo coronavirus. Sin embargo, en este marco de perplejidad, de desconcierto y de incertidumbre se continúa enseñando sin pausa. Poco importan las odiosas calificaciones ministeriales sobre tan ardua y compleja tarea. Con aciertos, con errores, con avances y retrocesos. Se sigue creyendo que el entramado solidario es la opción para intentar recuperar a los expulsados del sistema. La discriminación y la exclusión no van a desaparecer, pero el accionar de los y las docentes pueden mitigarlas. Las convicciones que se sostienen en cada clase que se prepara, en cada estrategia didáctica que se utiliza, en cada lectura que se recomienda, en cada comentario que se realiza, en cada recomendación, en cada saludo, en cada sonrisa y en cada abrazo virtual, es aquella que reconoce la existencia de la otredad, una otredad construida desde una perspectiva igualitaria pero heterogénea y comunitaria pero respetuosa de las particularidades. Irremediablemente, estamos inmersos en un pliegue de la historia y allí situados, tambaleantes pero íntegros, nos mantenemos aferrados a la posibilidad de pensar los futuros y los porvenires porque “el pliegue, será siempre un arranca vida a la línea de la muerte, un vencer provisorio de la vida sobre la muerte. Un vitalismo sobre fondo mortecino.” (Wilson Estrada, 2009: 24).

Rosario, junio/julio de 2020

Bibliografía

De Sousa Santos, Boaventura (2020). La cruel pedagogía del virus. CLACSO. Buenos Aires.

Errasti, Rosana y Wolovelsky, Eduardo (2013). Agua y adobe. Relatos sobre el pasado de enfermedades presentes. Ministerio de Educación de la Nación. Buenos Aires.

Gentili Pablo (2011). Pedagogía de la igualdad. Siglo XXI. Buenos Aires.

Ramonet, Ignacio (2020), Coronavirus: la pandemia y el sistema mundo. Diario Página 12. Buenos Aires.

Márquez Estrada, José Wilson (2009). Gilles Deleuze y Michael Foucault: el pliegue del pensamiento en el ocaso de la filosofía moderna. Universidad Nacional de Colombia. Colombia.

Nota

Agradezco la lectura, las recomendaciones y las críticas realizadas por Laura Bravi, Pedro Dabin, Eduardo Matuc, Mariana Caballero, Beatriz Bricas, Ariana Revelli, Aldo Niccolini, Claudia Vizcaya, María Belén Guirado, Alberto Neiro y Marcela Isaías, entre otros/as. Compañeros/as y colegas entrañables que han colaborado desinteresadamente para mejorar este escrito y con quienes continúo aprendiendo.